

Oriente. Jason fué el precursor de Filipo (1). Una muerte prematura detuvo la ejecución de sus ambiciosos proyectos; los reyes de Macedonia los emprendieron nuevamente.

Filipo pensó desde un principio en armar á los Helenos contra los Persas. La tentativa de Agesilao habia probado que para someter el Asia era preciso ser dueño de la Grecia. Filipo empleó su vida en fundar la dominacion macedónica sobre las repúblicas griegas. Esta dominacion no era más que una continuacion de la hegemonía que Esparta, Atenas y Tébas habian ejercido sucesivamente. En la apariencia, conciliaba la libertad con la fuerza. Atenas y Esparta trataron á sus aliados como vencidos. Filipo y Alejandro dejaron á las ciudades su gobierno, sus leyes, sus magistrados (2); no les impusieron carga alguna. Las ciudades enviaban á una especie de asambleas nacionales diputados que determinaban el empleo de sus fuerzas y decidian de la paz, de la guerra y de todas las demas cuestiones de interes general. Filipo reunió el consejo helénico para decidir las cuestiones entre Esparta y los del Peloponeso. Una dieta decretó la guerra contra los Persas al final del reinado de Filipo y al principio del de Alejandro (3). Un consejo nacional ordenó la destruccion de Tébas (4). Pero no debemos hacernos ilusiones sobre la libertad de las repúblicas griegas; era nominal ante la omnipotencia macedónica. La paz misma, que hubiese sido el mayor beneficio para la Grecia si la hubiese aceptado libremente, impuesta por la Macedonia no fué más que una señal de servidumbre (5).

¿Quiere esto decir que los Griegos habian sido más libres bajo la hegemonía de Esparta y de Atenas? Al ver caminar á la Grecia hácia una rápida decadencia despues de la batalla de Queronea, hubiera podido creerse que la hegemonía macedónica fué más opresiva. ¿Pero es imputable la decadencia á la Macedonia, ó

(1) ISOCRAT., *Philipp.*, § 119.—SCHLOSSER, *Hist. Univ.*, t. II, p. 203-207.—RAUMER, *Vorlesungen über die alte Geschichte*, t. II, p. 41 y sig.

(2) DIODOR., XVIII, 56.

(3) IBID., XVI, 89.—JUSTIN., IX, 5.

(4) IBID., XVII, 14.

(5) Véase sobre la hegemonía macedónica, FLATHE, *Geschichte Macedoniens*, t. I, p. 251, 254, 237 y sig.

debe buscarse la causa en el estado interior de las ciudades griegas? Para acusar á los que Demóstenes llamaba Bárbaros, se necesitan hechos. Que se nos citen los actos de violencia y de brutalidad cometidos en Atenas. Filipo y Alejandro, y áun sus rudos sucesores, atendieron siempre á los Atenenses, y esto no impidió á la ciudad de Minerva el participar de la decrepitud general. Esparta cayó desde el golpe fatal que Epaminondas dió á su poder, y no bajo la dominacion de la Macedonia. La verdad es que al advenimiento de Filipo y de Alejandro, las ciudades griegas estaban en completa disolucion. Si en lo interior parece la hegemonía macedónica poco favorable al desenvolvimiento de la Grecia, en lo exterior realizó lo que las repúblicas de Esparta y de Atenas eran incapaces de hacer; aseguró la independencia de la Grecia, y extendió su brillante cultura por el mundo entero. El primer acto de Filipo, despues de haber vencido á los Helenos, fué un llamamiento á las armas contra los Persas. La muerte le sorprendió en medio de sus preparativos. Alejandro realizó los proyectos concebidos por su padre.

§ II.—Alejandro.—Conquista del Asia.

Alejandro envidiaba la suerte de Aquiles de haber encontrado un Homero para cantar sus hazañas: la entusiasta admiracion de los pueblos ha servido para él de epopeya. Esto no es decir que el más grande de los conquistadores se haya visto libre de los ataques de los escritores que por sistema son enemigos de todos los conquistadores. Ya entre los antiguos, Séneca denunció al héroe macedonio al desprecio público, como un maniaco, un loco furioso; pero Alejandro encontró un vengador en uno de los más bellos genios de la Grecia (1). Plutarco ha idealizado demasiado á su héroe al decir que su fin era realizar la unidad del género humano y asociar todos los pueblos por los lazos de la benevolencia y de la paz. Sin embargo, esta apoteosis ha triunfado sobre la sá-

(1) Véase el tomo III de mis *Estudios*, libro XVI, cap. 2 y 4.

tira del estóico latino. *Montaigne* inauguró la época moderna con un magnífico elogio de Alejandro; le coloca entre «los tres hombres más grandes de que ha tenido conocimiento» (1). En vano *Boileau* puso en bellos versos las injurias de Séneca; el sentimiento «de que no se hubiese encerrado á Alejandro en una casa de locos» no tuvo eco. El siglo diez y ocho vengó de este insulto al héroe macedonio. *Montesquieu* le consagró un capítulo entero de su *Espíritu de las Leyes*, para «poder hablar de él á su satisfacción» (2). *Voltaire* (3) y *Vauvenargues* (4) se hicieron cargo del juicio despreciativo emitido por *Boileau*, é hicieron caer sobre el poeta el ridículo de que él quería cubrir al guerrero. Uno de los célebres escritores de nuestro siglo ha divinizado casi al héroe griego (5). En fin, un filósofo, que apénas se apasiona, *Hegel*, representa á Alejandro como el ideal de la juventud de la humanidad (6). Así, de siglo en siglo, el género humano repite, por medio de sus mayores genios, el elogio del conquistador civilizador. ¿Quién tendría la pretension de añadir algo á las apreciaciones de *Plutarco*, de *Montaigne* y de *Montesquieu*? Nuestra misión es más modesta, es la del narrador de los hechos y de las ideas.

Filipo y su hijo llamaron á los Griegos á las armas para vengarse de los Bárbaros. Como los Persas habian destruido por todas partes los templos y las estatuas de los dioses, eran de esperar horribles represalias. Sin embargo, la expedición de Alejandro se distinguió por el espíritu de moderación y la humanidad del vencedor.

Veló con el mayor cuidado, dice un historiador griego, por que los santuarios de los dioses no fuesen profanados, ni áun por imprudencia (7). Su conducta hácia los vencidos fué admirable. *Jenofonte* dice de su héroe ideal que respetaba á los labradores y á las

(1) MONTAIGNE, *Ensayos*, II, 36.

(2) *Espíritu de las leyes*, X, 14.

(3) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Alejandro*.

(4) *Diálogos*, I (edic. de Didot, p. 600 y sig.).

(5) «Si algun hombre ha parecido un dios entre los hombres era Alejandro» (CHATEAUBRIAND, *Itinerario de Paris á Jerusalem*).

(6) HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 274, 331 y sig.

(7) POLYB., V, 10, 8.

ciudades, y que perdonaba á los vencidos (1). Alejandro realizó la utopia del discípulo de Sócrates. Manifestó á los embajadores del rey de los Persas, que no iba á hacer la guerra á las mujeres, ni á los prisioneros, sino á los que estuviesen con las armas en la mano (2). En la toma de Halicarnaso, mandó perdonar á los habitantes que se hubiesen refugiado en sus casas. Admiró el valor con que se defendieron los Milesios, y concedió á los cautivos la vida y la libertad (3). La misma generosidad mostró hácia los reyes vencidos: ¿quién no conoce la célebre entrevista de Alejandro con Poro? Recuérdese el atroz derecho de guerra de los Griegos, la conducta de los Romanos hácia los generales enemigos, *Pontius*, el generoso jefe de los Samnitas, *Syphax*, *Perseo*, *Yugurta*, *Vercingetorix*, el último defensor de la libertad de los Galos, pereciendo bajo el hacha ó en los calabozos despues de haber formado parte de la entrada triunfal del vencedor, y no causará admiración el entusiasmo siempre renaciente que inspira el héroe griego.

A veces los sentimientos de Alejandro parecen pertenecer á otra edad. El respeto hácia las mujeres no lo conocia la antigüedad; lo debemos á la influencia de las costumbres germánicas y del cristianismo. Entre los antiguos, las desgraciadas cautivas eran tratadas como una parte del botín. Alejandro guardó á las mujeres consideraciones que admiraron á los vencidos (4). Los Persas le miraban como á un Dios. Costó trabajo á Darío el creer su generosidad; cuando se aseguró de ella dícese que dirigió la siguiente súplica: «Dioses, que presidís á los destinos de los imperios, concededme la gracia de transmitir á mis sucesores la fortuna de los Persas recobrada de sus reveses, á fin de que pueda reconocer los beneficios de que me ha colmado Alejandro con su comportamiento para con los seres que me eran más queridos en el mundo. Pero, si el imperio de los Persas ha concluido, y si debemos sufrir la vicisitud de las cosas humanas, no permitais que otro más que Alejandro se sienta sobre el trono de Ciro» (5). Los

(1) Véase más adelante, libro VII, cap. 4, § 3.

(2) Q. CURT., IV, 11.

(3) ARRIAN., *Exped. Alex.*, I, 20, 23.

(4) PLUTARCH., *Alex.*, 21.—DIODOR., XVII, 38.

(5) PLUTARCH., *Alex.*, 30; ID., *De Alex. Fort.*, II, 6.—Los historiadores anti-

vencidos lloraron á su vencedor (1). La madre de Darío, que habia sobrevivido á su hijo, no tuvo valor para sobrevivir á Alejandro: se dió la muerte (2).

¿La vida del conquistador griego fué, segun esto, completamente pura y santa? No tenemos por qué apreciar la vida privada de Alejandro: presenta manchas indelebles. La grandeza del genio, léjos de excusar las faltas, aumenta la responsabilidad moral. Nos basta recordar la muerte de Clito. Estos extravíos en una de las más bellas naturalezas de la antigüedad no se explican más que por la embriaguez de la fortuna, y por el vértigo que se apodera del hombre cuando se coloca más alto de lo que le permite su imperfecta organizacion. No queremos comparar á Alejandro con los monstruosos emperadores de Roma; sin embargo, entre ellos hay esto de comun, que sus crímenes nacen del exceso de su poder. Hé aquí un argumento moral contra la monarquía universal que resiste á todos los sofismas: ¡el hombre, pobre criatura, quiere gobernar el mundo, y no sabe gobernarse á sí mismo!

Los mayores admiradores de Alejandro, Montaigne, Montesquieu (3), no han tratado de disimular las malas acciones de su héroe. Separemos primeramente las censuras que se le dirigen sin fundamento ó se exageran. La destruccion de Tébas debe atribuirse al odio de los Griegos más bien que al rey de Macedonia. Despues de la toma de la ciudad, Alejandro reunió á los Helenos con derecho de sufragio en una asamblea general, para de-

guos y modernos han admirado la conducta magnánima de Alejandro. «Entre las numerosas y bellas acciones de Alejandro, dice DIODORO (XVII, 28), no hay ninguna que merezca ser perpetuada en la historia tanto como ésta.»—BOULLANGER (*Historia de Alejandro el Grande*, libro XXIV) dice que esta conducta pone á Alejandro por encima de todos los conquistadores.

(1) Q. CURT., X, 5.—JUSTIN., XIII, 1.—La humanidad de Alejandro se ha hecho célebre en las tradiciones orientales. Tomamos algunos rasgos de la *Historia de la Persia*, de MALCOLM (t. I, p. 116): «Fué conducido un día á la presencia de Alejandro un jefe enemigo con las manos atadas; Alejandro mandó que se le pusiese en libertad. Uno de sus cortesanos le dijo: «Si yo fuera vos, no usaria de tanta bondad con ese hombre.—Pues, precisamente porque yo no soy vos, le dijo Alejandro, es por lo que le he perdonado. Yo perdono con gusto á mis enemigos, decia, porque encuentro placer en hacer actos de humanidad. No encuentro ninguno en ser cruel.»

(2) Q. CURT., X, 5.

(3) *Espíritu de las leyes*, X, 12.

liberar acerca del partido que debia tomarse con los vencidos. Los Focios, los de Platea, Tespies y Orchomenes, insistieron porque se impusiese á los Tebanos un terrible castigo. Su alianza con los Persas les habia atraído el odio universal. El consejo nacional decidió que Tébas fuese destruida (1). Nada autoriza para ver en este procedimiento una vana formalidad, y mucho ménos todavía una odiosa hipocresía, como lo hace un historiador moderno (2). Pero es cierto que Alejandro era omnipotente, y hubiera podido y debido imponer su generosidad á las malas pasiones de los Griegos. Debe suponerse que el jóven guerrero tenia que dejar la Grecia sometida ántes de lanzarse al Oriente, espantar por medio de la ruina de Tébas á las ciudades que hubieran podido tener deseos de imitarla. La política triunfó sobre la grandeza de alma. Esto era una falta. Se dice que Alejandro mismo tuvo conciencia de ello, y que mostró siempre un vivo arrepentimiento pensando en la desgracia de los Tebanos: este sentimiento, dice *Plutarco*, templó en muchas ocasiones su cólera (3).

Se acusa tambien á Alejandro de haber destruido á Tiro (4). Es verdad que tomada por asalto la ciudad fué tratada con crueldad. Los Tirios habian degollado sobre las murallas, á vista del ejército, á los prisioneros macedonios; furiosos los Griegos no perdonaron ni á un enemigo. A dar crédito á *Quinto Curcio*, «no estando satisfecha todavía la cólera del rey, hizo ver un espectáculo horrible á los ojos mismos de los vencedores. Despues de la matanza quedaban todavía dos mil hombres; el rey los hizo crucificar á la orilla del mar.» No defenderémos la barbárie del vencedor. Pero reflexiónese que se trata de represalias; ahora bien, las represalias son el ejercicio de un derecho; es una cruel justicia, pero es una justicia á veces necesaria, para enseñar á un enemigo Bárbaro á respetar las leyes de la humanidad. Añadamos que la narracion de *Quinto Curcio* es exagerada. Alejandro perdonó al rey, á los Tirios principales y á los embajadores cartagineses que se habian refugiado en el templo de Hércules. Destruyó la ciudad, y estableció

(1) DIODOR., XVII, 14.—JUSTIN., XI, 3.

(2) NIEBHUR., *Vorträge über alte Geschichte*, t. II, p. 437 y sig.

(3) PLUTARCH., *Alex.*, 13.—DIODOR., XVII, 15.

(4) GROTE, *History of Greece*, t. XII, p. 182.

en ella un rey cuyas novelescas aventuras ha contado *Diodoro* (1).

El incendio de Persépolis es una de las faltas que *Montesquieu* crítica en Alejandro (2). Cosa notable, la destrucción de la ciudad capital de los enemigos, que hoy miráramos como un crimen, no fué ni aun censurada por los historiadores antiguos; léjos de ver en ello una acción culpable, la consideran como una justa venganza (3). Creyeron aumentar la gloria del conquistador exagerando aquella obra de destrucción. En realidad Alejandro no quemó ni la ciudad ni aun el palacio, sino solamente algunos edificios inmediatos (4). En cuanto á la matanza de los habitantes, basta el silencio de *Arriano* para justificar la duda; como obra de venganza se comprende el incendio, la matanza no se comprende jamás. Después de todo, los que acusan á Alejandro olvidan que hacía uso de un derecho; las ruinas que cubren el mundo atestiguan claramente que la antigüedad ha practicado este derecho ámpliamente. Hay, pues, que limitarse á decir que en Persépolis no se elevó el héroe griego por cima de los antiguos como lo hizo en tantas otras ocasiones.

Con más razón puede censurarse á Alejandro el haber hecho una guerra cruel á los montañeses indios; arruinó el país por el pillaje y el fuego, destruyó las ciudades, mató los cautivos, no perdonó ni aun á las mujeres, niños ni enfermos (5). Las guerras contra los pueblos bárbaros han arrastrado siempre al vencedor á culpables excesos; diríase que la perfidia y la atrocidad se vuelven contagiosas. Además, ¿quién sabe la parte que corresponde al general, y la que se debe á los soldados irritados por una tenaz resistencia, en aquellas encarnizadas luchas? Sin embargo, hay en la vida militar de Alejandro acciones que no tratamos de excusar. Habiendo llegado á la Alta Persia, país de difícil acceso y ocupado por los enemigos más valientes, prohibió dar cuartel: se hizo una horrible carnicería en los prisioneros. Alejandro, según lo que

(1) *ARRIAN.*, II, 24.—*Q. CURT.*, IV, 4.—*DIODOR.*, XVII, 46.

(2) Compárese *GROTE*, *History of Greece*, t. XII, p. 239.

(3) *PLUTARCH.*, *Alex.*, 38.—*DIODOR.*, XVII, 72.

(4) *SAINTE-CROIX*, *Exámen crítico de los historiadores de Alejandro*, página 125-127.

(5) *ARRIAN.*, lib. IV, V y VI, *passim*.—*DIODOR.*, XVII, 102, 104.

él mismo ha escrito, creyó que su interés exigía este rigor (1). Esto era portarse como un conquistador vulgar; ¿pues qué, no confiaba en su genio y en su fortuna? Al final de su carrera parece que la embriaguez de una constante felicidad y la seducción inevitable de un poder sin límites trastornaron el alma del joven conquistador. Algunos Indios habían hecho mucho mal á Alejandro; les concedió, sin embargo, una capitulación; al retirarse los sorprendió y los hizo matar á todos. *Plutarco* mismo, tan poco predispuesto á censurar sus héroes, confiesa que esta perfidia es una mancha en la vida de Alejandro (2). ¿Cómo calificar la conducta del rey macedonio después de la muerte de Hefestion? «Alejandro buscó en la guerra una distracción á su dolor: partió como para una cacería de hombres (3), subyugó la nación de los Cusenses y los hizo pasar á todos al filo de la espada, incluso las mujeres y los niños. Esta horrible carnicería se llamó el sacrificio de los funerales de Hefestion.»

¿Pensaba *Montaigne* en estos actos de barbarie cuando trataba de justificar á su héroe, diciendo «que estos personajes deben ser juzgados en conjunto según el fin principal de sus acciones, y que es imposible dirigir tan grandes movimientos según las reglas de la justicia» (4)? Esto es justificar actos censurables con una máxima más censurable todavía. No, no es cierto que los grandes hombres estén por encima de las reglas de la moral; no es cierto que el derecho y el deber no deban ser respetados más que en las relaciones de la vida privada y que los héroes estén dispensados de observarlos. No hay más que una ley moral; obliga á los elegidos de Dios lo mismo que á los más oscuros mortales; rige la política lo mismo que los individuos. No reinará el derecho en el mundo más que cuando se abandone la falsa distinción de *Montaigne*. Es un resto del derecho de la fuerza que la conciencia moderna condena.

Hoy el vencedor más bárbaro no se permitiría lo que el héroe griego, el genio más humano de la Grecia. Felicitémonos de este

(1) *PLUTARCH.*, *Alex.*, 37.

(2) *IBID.*, 59.—*C. POLYAEN.*, IV, 3, 20.

(3) *Ἐπὶ θήραν καὶ κυνηγεσίαν ἀνθρώπων* (*PLUTARCH.*, *Alex.*, 72).

(4) *Ensayos*, II, 36.

progreso; él atestigua, como lo hemos dicho ya, que nuestras ideas se depuran y se elevan de la misma manera que nuestras ciencias se perfeccionan. El dogma de la perfectibilidad, que es un consuelo y una esperanza, suministra la única excusa legítima que puede darse en favor del héroe macedonio. No podemos pedir, ni aún á los más grandes hombres, virtudes que no son de su tiempo. Para apreciar á Alejandro es menester juzgarle, no desde el punto de vista del siglo XIX, sino comparándole con sus contemporáneos. Si hubiesemos de creer á *Quinto Curcio*, el rey de los Persas puso á precio la cabeza de su adversario, y los Tirios arrojaron al mar á los heraldos que les envió Alejandro invitándoles á la paz (1). Nada más espantoso que el trato que daban los Persas á los prisioneros griegos; á unos les cortaban las manos, á otros los piés, á otros las narices y las orejas; además les imprimían en la cara, por medio del fuego, caracteres bárbaros (2). El héroe macedonio no tenía solamente que combatir á crueles enemigos, sino que tenía que luchar también con la avaricia y la crueldad de sus propios soldados (3). Figúrese á Alejandro viviendo la vida de la antigüedad, participando necesariamente de sus errores y sus pasiones, y no se dudará en proclamarle el más humano de los conquistadores. Es menester decir más: es como un lazo entre la antigüedad y la humanidad moderna. Los Atenenses representaban los sentimientos elevados de los Griegos, y Alejandro idealiza todavía el dulce genio de la ciudad de Minerva.

(1) Q. CURT., IV, 1, 2.

(2) IBID., V, 5; III, 8.—SAINTE-CROIX (*Exámen crítico de los historiadores de Alejandro*, p. 82 y sig.) pone en duda este acto de barbarie, fundándose en el silencio de Arriano; pero está confirmado por el testimonio de DIODORO (XVII 69) y de JUSTINO (XI, 4). Estas mutilaciones eran, además, una práctica habitual entre los Persas (véase tomo I, libro de *La Persia*). Las tradiciones orientales pintan igualmente á Darío como un hombre violento y cruel (D'HERBELOT, *Biblioteca oriental*, en la palabra *Darab*).

(3) Compárese la exquisita humanidad de Alejandro para con los cautivos con la brutalidad de sus soldados: «Las mujeres de la casa real, las de los parientes y amigos del rey, seguían al ejército.... Algunos macedonios arrastraban á los cautivos por los cabellos, otros desgarraban sus vestidos y los golpeaban con los palos de sus lanzas, permitiéndoles la fortuna insultar todo lo más ilustre que había entre los Bárbaros» (DIODORO, XVII, 35, C. 70).

§ III.—Monarquía universal de Alejandro.

La expedición contra los Persas era para los Griegos una obra de venganza. La ambición de Alejandro era la monarquía universal. Al ver lo que hizo en su corta carrera, podía creerse que iba á realizar sus gigantescos proyectos. Se hacía llamar el rey de la tierra (1). Diríase que el mundo tomó sus pretensiones por el ejercicio de un derecho. Su nombre causó por todas partes tal terror que todas las naciones le enviaron embajadores á Babilonia, como si hubiese sido ya su Señor. A dar crédito á los historiadores griegos, había en aquel gran consejo del universo (2) diputaciones del África, de Italia, de los Escitas, de los Celtas, de los Iberos y de un gran número de ciudades y de pueblos cuyos nombres oían los Macedonios por primera vez (3); hasta las hubo, según se dice, de las dos repúblicas que iban á disputarse el imperio del Occidente, de los Cartagineses y de los Romanos (4). Si la monarquía universal fuera, como se ha creído, el ideal de la humanidad, Alejandro hubiera merecido ser el primer monarca del género humano. Murió demasiado joven para haber podido organizar su imperio. Para apreciar la tentativa del héroe macedónico no tenemos más que algunos escasos hechos que hagan conocer su pensamiento; ni aún los antiguos estaban conformes acerca del sentido que deba dárseles. Solamente, pues, debemos juzgar la obra del joven conquistador con duda y con reserva.

Plutarco dice que su ambición era reunir á todos los hombres en una grande unidad, fundada sobre la comunidad de intereses y de costumbres, y realizando la concordia y la armonía univer-

(1) JUSTINO, XII, 16; «*Regem terrarum omnium ac mundi.*»

(2) «*Veluti conventum terrarum orbis*» (JUSTINO, XII, 13).

(3) ARRIANO, VII, 15.—DIODORO, XVIII, 113.—JUSTINO, XII, 13.

(4) JUSTINO, XXI, 6.—PLINIO, H. N., III, 9.—NIEBUHR, *Historia romana*, t. III, p. 153 y sig. (traduc. franc. edic. de Brusélas).—ARRIANO (VII, 15) manifiesta dudas acerca de la embajada de los Romanos; SAINTE-CROIX, se prevale de ello para pintar como fabulosas todas estas embajadas (*Exámen crítico*, p. 152 y siguientes).

sales (1). Desconfiamos del juicio que hace el ilustre escritor sobre uno de sus héroes favoritos. Los hechos, tal como los refieren los historiadores, no revelan más que una intencion bien marcada, la de unir el Oriente y el Occidente. Pero ¿cómo entendia esta union Alejandro? ¿Esperaba que haria desaparecer toda diferencia entre los dos mundos? Si su fin era este, se proponia una quimera. La oposicion entre el genio de Europa y el de Asia es demasiado profunda para que se borre jamas. Sin embargo, este fin quimérico es necesariamente el de todos los conquistadores que ambicionan la monarquía universal. Alejandro fué arrastrado á soñar lo imposible, solamente porque soñaba el imperio de la tierra. La monarquía universal, enemiga declarada de la diversidad, ve su ideal en la uniformidad, y sacrifica cuanto hay de individual en el genio de las naciones. Lo poco que sabemos de los proyectos de Alejandro nos hace pensar que no ha evitado el escollo, por otra parte inevitable, contra el que choca toda tentativa de someter al género humano á una sola y misma ley.

Un abismo separaba á los Griegos de los Bárbaros. Los Helenos se creian de una naturaleza superior, nacidos para mandar á los Persas. A creer á *Plutarco*, los filósofos participaban de las preocupaciones de su raza. Dice que Aristóteles aconsejó á Alejandro que tratase á los Griegos como amigos y á los Bárbaros como brutos (2). El guerrero se mostró superior al filósofo, su maestro; concibió el pensamiento de unir á vencedores y vencidos. No encontramos más que motivos de aplauso en la generosa política de Alejandro; es la única que puede consolidar las conquistas. Pero queda siempre por saber cómo pensaba llevar á cabo esta asimilacion. En los tiempos modernos la asociacion se hace concediendo á los vencidos los derechos y ventajas de los vencedores: cuando la conquista se consolida acaba por borrarse toda diferencia entre las razas enemigas. La fusion era mucho más difícil entre los Griegos y los Bárbaros, que diferian en lengua, en genio, en religion, en costumbres. Alejandro, como si hubiese presenti-

(1) PLUTARCH., *De Alex. Fort.*, II, 11.

(2) IBID., *De Alex. Fort.*, I, 6: οὐ γὰρ, ὡς Ἀριστοτέλης συνεβουλεύεν αὐτῷ, τοῖς μὲν Ἕλλησιν ἡγεμονικῶς, τοῖς δὲ βαρβάροις δεσποτικῶς χρώμενος. καὶ τῶν μὲν ὡς φίλων καὶ οἰκείων ἐπιμελούμενος, τοῖς δὲ ὡς ζῴοις, ἢ φυτοῖς. προσφερόμενος.

do que Dios no le concedia más que una vida tan corta como gloriosa, quiso improvisar una obra que hubiera requerido siglos. Empezó por adoptar los usos de los persas vistiéndose como ellos, y mandó á sus cortesanos que vistiesen, como él, los largos trajes de los orientales. Esto era herir la vanidad de los Griegos. Su descontento estalló en motines: «Habian perdido más bien que ganado con la victoria; podian llamarse vencidos al someterse así á los vicios de los Bárbaros» (1). Los historiadores han tomado la defensa de los Helenos: *Quinto Curcio* y *Trogo Pompeyo* acusan al jóven conquistador de haber tomado de los Persas las costumbres que precisamente le habian hecho triunfar de ellos (2). *Plutarco* defiende á su héroe de esta acusacion: «Los vestidos, dice, eran cosa indiferente á sus ojos; pero en su cualidad de jefe comun de los Griegos y de los Persas, de rey cosmopolita, queria captarse las simpatías de los vencidos, y mostrarles en los Macedonios jefes y no enemigos» (3). Pero lo que prueba que los Griegos no juzgaban tan mal á Alejandro es que no se limitó á los vestidos; exigió á sus capitanes que le dieran muestras de respeto tales como los Persas las daban á sus príncipes. Hemos dicho anteriormente la gran repugnancia que sentian los Helenos de adorar al Gran Rey; y á pesar de ser los vencedores de los Bárbaros se queria que doblasen la cabeza ante su general, como si éste ocupase el lugar de los príncipes á quienes habian vencido. Decididamente Alejandro iba por mal camino. No les faltaba razon á los Griegos para estar orgullosos de la superioridad de su civilizacion en frente de la de los Persas; eran hombres libres, miéntras que los Bárbaros se llamaban á sí mismos esclavos de sus monarcas. Si Alejandro queria la union, ¿por qué no elevaba á los Persas á la dignidad de los Helenos en vez de rebajar á éstos á la humillante condicion de los Bárbaros? *Montesquieu*, para justificar al héroe macedonio, dice «que tomó las costumbres de los Persas, á fin de no affigir á éstos haciéndoles tomar las de los Griegos.» No era preciso hacer

(1) JUSTIN., XII, 3.—DIODOR., XVII, 77.—Q. CURT., VI, 6.—PLUTARCH., *Alex.*, 45.

(2) Q. CURT., VI, 2.—JUSTIN., XII, 3, 4.

(3) PLUTARCH., *De Alex., Fort.*, I, 8.—C. ID., *Alex.*, 20.

ni lo uno ni lo otro, porque las costumbres no se imponen; la fusión, áun cuando es posible, es la obra de los siglos.

La union que Alejandro trató de hacer por medio de matrimonios internacionales era una idea más conveniente. Se casó con la hija de Darío, y casó á sus amigos con las Persas más ilustres: la ceremonia se hizo al uso oriental. Celebráronse con una fiesta magnífica las nupcias de todos los macedonios que se habian casado con asiáticas; sus nombres inscritos en los registros ascendian á más de diez mil (1). Alejandro queria hacer por medio de estos matrimonios un solo pueblo de los Griegos y de los Persas. *Plutarco* presenta con orgullo esta conducta frente á la de Jerjes: «El Gran Rey creia unir la Europa al Asia haciendo un puente sobre el Helesponto. ¡Vanos esfuerzos! Alejandro unió los dos continentes, no por medio de puentes y puertos, no por medio de cadenas materiales, sino asociando las almas por amores legítimos, castos matrimonios é hijos comunes» (2). Nos asociamos sinceramente á estos elogios. La fusion de las razas es tal vez el único medio de unir á los pueblos del Oriente con los del Occidente. La religion y el comercio han intentado esta difícil obra; hasta ahora han fracasado en la empresa. Creemos que la mezcla de las poblaciones dará algun día al Oriente lo que hoy le falta, el espíritu de libertad y de independencia que caracteriza á las naciones europeas y que constituye la grandeza de su civilización.

La confraternidad en las armas tenía en una edad guerrera tanta influencia como los matrimonios. Alejandro escogió entre los Bárbaros treinta mil niños, á quienes hizo instruir en las letras griegas y formar en los ejercicios militares de los Macedonios; los llamaba sus *Epígonos*, es decir, su posteridad. Incorporó los Persas á sus antiguas tropas, y formó así un ejército nuevo con la mezcla de los dos pueblos. Al ver á los Bárbaros igualados con los Helenos, las antiguas razas griegas se creyeron ofendidas y se quejaron amargamente. Entónces Alejandro, irritado, encomendó á los Persas la guarda de su persona. Cuando los Macedonios se vieron arrojados de su presencia se arrepintieron, y se entre-

(1) *ARRIAN., VII, 4.—PLUTARCH., Alex., 70.*

(2) *De Alex. Fort., I, 7.*

garon á la justicia del rey. Conmovido al ver su dolor iba Alejandro á hablarles, cuando un veterano exclamó: «Tu llenas de tristeza á los Macedonios aliándote á los Persas y llamando á los Persas tu familia.» Alejandro le interrumpió, diciéndole: «Vosotros todos sois mis hijos, mi familia; yo no os doy otro nombre.» La reconciliacion se celebró con un banquete general. Una misma copa sirvió al rey y á los convidados para hacer libaciones; los sacerdotes de los Griegos y de los Persas rogaron á los dioses para que concediesen todo género de prosperidades á ambas naciones y para que mantuviesen entre ellas una union inalterable (1). Esta reconciliacion de las dos razas enemigas, estas fiestas internacionales, estas oraciones son una magnífica imágen de las ideas y de los planes del jóven héroe. El pensamiento de unir la Grecia y el Asia le preocupó hasta su muerte. Dicese que sus memorias contenian entre otros proyectos el de trasportar colonias del Asia á Europa y recíprocamente: queria, dice *Diodoro*, por medio de esta mezcla de poblaciones establecer la amistad entre los dos continentes (2).

Se ve, pues, que lo que principalmente preocupaba á Alejandro era fundir las dos razas en una sola, y hacer del Oriente y del Occidente un solo mundo. Creemos que el ideal es falso: los Persas no podian llegar á ser Griegos, así como los Griegos no podian llegar á ser Persas. La fortuna ha tratado á Alejandro como á su hijo predilecto. Le colmó de gloria, y le arrebató jóven de este mundo; si le hubiera concedido vida más larga le hubiera hecho ver la ineficacia de sus esfuerzos. Sin embargo, si bien la monarquía universal ambicionada por los conquistadores es una quimera, el principio de la unidad tiene su importancia: la vida de la humanidad es una marcha progresiva hácia ese fin ideal. La guerra fué en la antigüedad el instrumento más poderoso de la asociacion de los pueblos. Antes de la expedicion de los Griegos el Oriente era como un mundo desconocido para la Europa. Alejandro participaba de la ignorancia general. Creyó haber hallado las fuentes del Nilo, porque suponía que este rio tenía su origen en

(1) *ARRIAN., VII, 11.*

(2) *DIODOR., XVIII, 4.*